

## **Transformaciones antrópicas en el manglar de San Blas, Nayarit (100 a. C. – 500/550 d. C.).**

Leonardo Enrique Márquez Prieto<sup>1</sup>

### **Resumen:**

En el Pacífico del Occidente de México vivieron diferentes culturas que a lo largo de los siglos transformaron el paisaje circundante. Las acciones conscientes de estas personas convirtieron el difícil ambiente de manglares y volcanes en lugares habitables donde podían desarrollar su cultura y economía. Gracias al estudio de paisaje y a la arqueozoología, podemos ver cómo modificaron las pequeñas elevaciones en medio del estero de San Cristóbal en montañas aterrazadas donde pudieron desarrollar la vida cotidiana a lo largo de siglos.

**Palabras claves:** Ecología Histórica, concheros, paisaje, bivalvos, terrazas.

### **Abstract:**

In the Pacific of western Mexico, different cultures lived that over the centuries transformed the surrounding landscape. The conscious actions of these people turned the difficult environment of mangroves and volcanoes into habitable place where they could develop their culture and economy. Thanks to the study of landscape and archaeozoology, we can see how they modified the small elevations in the middle of the San Cristóbal estuary in terraced mountains where they could develop their daily lives over centuries.

**Key Words:** Historical Ecology, shell mounds, landscape, bivalve, terraces.

---

<sup>1</sup> Antropólogo por la Universidad Nacional de Colombia en el 2017; Maestro en Arqueología por el Centro de Estudios Arqueológicos – COLMICH en el 2020. Arqueólogo con experiencia en contextos prehispánicos e históricos. Especialista en arqueomalacología, arqueozoología y poblaciones de ambientes lacustres del trópico y neotrópico. He trabajado en proyectos científicos en sitios prehispánicos en Colombia y México. Mi principal área de estudio son las sociedades del Bajo Magdalena y las Llanuras del Caribe colombiano. Actualmente, llevo a cabo una investigación con el Museo del Oro sobre los ornamentos elaborados en concha por los pueblos de las Llanuras del Caribe, Serranía de San Jacinto y Bajo Magdalena, y otra sobre el mismo tema con la colección de Zambrano, en el Museo Mapuka, de la Universidad del Norte. [leomarquezarqueo@gmail.com](mailto:leomarquezarqueo@gmail.com)

## Introducción

Las poblaciones humanas que han vivido en el pacífico mexicano, específicamente en la zona inundable de los estados de Nayarit y Sinaloa han transformado activamente el paisaje de la región. Desde el quinto milenio a. C., las comunidades indígenas han aprovechado e incentivado los recursos de la zona (Grave, 2010, 2018; Mountjoy, 1970, 1974; Mountjoy *et al.* 1972; Mountjoy & Claassen, 2005), sin embargo, desde el formativo temprano las modificaciones del paisaje son más claras y certeras (Mountjoy, 2015).

Para el periodo Formativo tardío y Clásico temprano/medio se dio una ocupación de la Fase Cocos en el sitio El Piñal, Nayarit (Márquez-Prieto, 2020), sitio que se tomará como ejemplo para demostrar que existió un paisaje domesticado en medio de la llanura inundable del pacífico nayarita. El objetivo del presente artículo es mostrar datos, metodología y resultados de la investigación llevada a cabo en el Sitio El Piñal, Nayarit, en donde se pudo apreciar el particular caso de una comunidad prehispánica que a partir de sus conocimientos acumulados utilizó, transformó y administró el medio ambiente circundante con el fin de crear un espacio antrópico donde reproducir sus prácticas culturales.

La existencia de un paisaje domesticado en San Blas es el resultado de un proceso de larga duración producto de los saberes acumulados de las poblaciones recolectoras-pescadoras que habitaron la región desde hace milenios y de las posteriores migraciones de comunidades agrícolas (Mountjoy, 2015). Esto se ve reflejado en la creación de terrazas en medio del estero, en las cuales se usó como cimiento las conchas de millones de moluscos (Márquez-Prieto, 2020: 118-121). Cabe señalar que los sitios prehispánicos de San Blas, son el reflejo de cómo las comunidades del pasado no se adaptaron a su medio, sino que lo transformaron a partir de sus necesidades culturales, creando así un espacio humanizado en un ambiente tan difícil como lo es la llanura inundable del pacífico nayarita.

## **La Ecología Histórica y el Paisaje Domesticado**

Muchas de las sociedades del trópico y el neotrópico americano desarrollaron una serie de conocimientos que les permitió domesticar paisajes enteros y no centrarse en especies determinadas (Erickson, 2006a: 235). En el caso del Pacífico mexicano, este hecho sucedió a través de la existencia de una ingeniería del paisaje, el uso de tecnologías simples y de saberes tradicionales; de igual manera, las poblaciones del pacífico nayarita, aprovecharon por milenios la fauna de monte, los peces, las plantas culturalmente útiles y, principalmente, los moluscos (Márquez-Prieto, 2020: 7).

Es así que las actividades practicadas por estas comunidades fueron dejando huellas en el paisaje, pero, para poder descifrarlas y comprenderlas, se necesita el uso de una teoría que entienda al ser humano como un actor dinámico con capacidad de modificar su medio de forma consciente. Por esta razón, se utiliza como lente de interpretación antropológica la teoría de la Ecología Histórica. A su vez, la Ecología Histórica y el concepto del Paisaje Domesticado (Erickson, 2006a, 2006b, 2006c, 2008, y Staller, 2006), parten de la idea que las sociedades poseen una capacidad de agencia en la transformación del ambiente y que este proceso busca en muchos casos potencializar las especies aprovechables del medio.

Por lo tanto, el Paisaje Domesticado tiene como principio a un ser humano que transforma el ambiente a partir de sus necesidades y contradice la visión tradicional de posiciones teóricas como la del Ambiente Prístino (Meggers, 1976; Redman, 1999; Sutton y Anderson. 2004), la adaptacionista (Kuznar, 2001; Piperno y Pearsall, 1998), el procesualismo (Boserup, 1965; Sanders *et al.*, 1979 y Farrington. 1985) y la Economía Política (Earle, 1997; Johnson y Earle, 1987; Stanish, 2003, 2004), las cuales ven al ser humano como un ente pasivo que se “adapta” al medio, siendo este proceso una transformación inconsciente que se mide por criterios empíricos (Erickson, 2006a: 237).

De esta manera la Ecología Histórica entiende la importancia del paisaje no como un simple telón de fondo en el registro arqueológico, sino como un aspecto fundamental para el

desarrollo de cualquier sociedad, en el cual, el medio ambiente juega un papel determinante para nuestra especie. Por este motivo, la Ecología Histórica entiende al paisaje como el resultado de acciones antrópicas, en donde el humano tuvo intencionalidad en su transformación a través de las actividades cotidianas, lógicas culturales y las dinámicas internas de cada comunidad (Márquez-Prieto, 2021: 11).

Para entender un paisaje domesticado, se debe partir de diferentes subramas de la arqueología, una de ellas es la Arqueología del Paisaje, la cual, considera al paisaje como un testimonio de las sociedades que lo han ocupado, ubicando al ser humano como una parte íntegra de éste y al paisaje como formador de su identidad (Ingold, 1993; Criado, 1999; Salas Medellín, 2017: 26, y Tilley, 1994: 12). Para Salas Medellín (2017: 27), el paisaje es un espacio construido que sobrepasa lo físico, no es un espacio en el cual los humanos se adaptan para sobrevivir, sino es un producto cultural creado por la acción social tanto de carácter material como simbólico.

Si consideramos al paisaje como un elemento cultural que puede ser leído, podemos reconocer patrones de intencionalidad que darán muestra de cómo funcionaban las lógicas propias de los grupos que construyeron los sitios arqueológicos (Márquez-Prieto, 2020: 12). La construcción del paisaje o la domesticación de éste no hace referencia únicamente a las grandes obras espaciales, sino también a la transformación de los componentes y prácticas que se llevaron a cabo para su elaboración (Criado, 1993).

La gran mayoría de los paisajes han sido afectados en menor o mayor medida por la especie humana, son pocos los ambientes realmente prístinos que han existido y que hoy en día se conservan, incluso el caso del continente americano, –el más “joven” en ser descubierto por nuestra especie– ya llevaba por lo menos quince mil años de ser modificado por las comunidades indígenas que lo habitaban antes de la llegada de los europeos. Estudios recientes han demostrado como hábitats americanos que se consideraban prístinos como la selva amazónica, realmente han sido transformados radicalmente por las personas que la han ocupado, construyendo en ella canales, camellones o alteraciones en el bosque que incentivaban la reproducción de especies de flora y fauna silvestres, creando una selva completamente antrópica o humanizada como lo establece la postura teórica de Erickson (2008) y Stahl (2014).

Dicho de otro modo, el centro primordial de estudio de la Ecología Histórica y que da como resultado el concepto del *Paisaje Domesticado*,<sup>2</sup> se entiende como un espacio físico en donde el ser humano ha llevado a cabo acciones conscientes en su modificación, con el fin de satisfacer sus necesidades económicas y culturales, creando entornos propicios para vivir, potencializando especies de importancia antrópica y descartando las que no son deseadas (Márquez-Prieto, 2021: 13-14).

Por esta razón, la Ecología Histórica entiende al paisaje como un capital históricamente acumulado (Erickson, 2003: 182; 2003b: 456 y Stahl, 2008: 7). Entonces, el paisaje es un legado infraestructural de conocimientos y de explotación continua de regiones por parte de múltiples grupos en el pasado y el presente (Stahl, 2008: 7-8). Para Erickson (2006a: 239-240) y Staller (2006: 52), los indígenas del trópico americano estuvieron más interesados en domesticar paisajes en su conjunto que en la domesticación de especies individuales de plantas y animales; si comparamos las especies de flora y fauna domesticadas que son identificadas en el registro arqueológico y etnográfico con las aprovechadas que son de origen “silvestre”, las primeras son un porcentaje muy pequeño (Erickson, 2006a: 236), desafortunadamente, las segundas han sido de poco interés para la mayoría de arqueólogos y por esa razón poco tenidas en cuenta en el discurso arqueológico.

Es en este punto en donde otras subramas de la arqueología como la arqueozoología y arqueobotánica aportan datos sobre este aprovechamiento de los recursos que provienen de los bosques, selvas, manglares, ambientes acuáticos, etc. Ya que los datos producidos por los ecofactos aportan datos valiosos sobre el uso, explotación y procedencias de ciertas especies, y, por ende, la importancia en el proceso de domesticación del paisaje (Stahl, 2014: 223-224). Por lo tanto, el presente estudio se centra en la combinación de la Arqueozoología, la Arqueomalacología y la Arqueología del Paisaje, con la finalidad de conocer los procesos llevados a cabo en la construcción de paisajes en el Pacífico del occidente mesoamericano, en específico del área de San Blas, Nayarit.

---

<sup>2</sup> Se entiende por domesticación la modificación en la estructura y contenido del medio ambiente.

## Metodología

El descubrimiento del sitio El Piñal, se dio gracias a la colaboración de la comunidad del actual barrio El Conchal, ubicado a la entrada del actual pueblo de San Blas. Estas personas indicaron que, en el Cerro de El Ceboruco se encuentran una serie de terrazas, en donde aparecen una gran cantidad de conchas y cerámica. Al llegar al sitio por primera vez, se pudo identificar el tamaño de éste y se realizó una prospección general del sitio, principalmente en los claros donde la tala de bosque permitió movilizarse, esto permitió registrar varias terrazas antrópicas, a las cuales se les hizo un levantamiento topográfico y un dibujo general del sitio.

Muchos de los sitios existentes en el Pacífico mexicano, se les podría catalogar como concheros, lo cual se entiende de forma tradicional como “cualquier depósito arqueológico que contenga una cantidad visible de moluscos. Si supera el 30% y parece el único elemento visible. Además de conchas, aparecen huesos, cerámica...piedra, es decir, conforman un basurero (Bowdler, 2006; Meighan, 1980: 427)”. Sin embargo, los concheros no son siempre una gran montaña de moluscos, sino que pueden ser diferentes tipos de contextos arqueológicos en donde la concha, resultado de la alimentación –en la mayoría de los casos– es el elemento que resalta; contrario a lo que se piensa, un conchero pudo haber sido diferentes cosas tales como una obra de ingeniería, por ejemplo, en los contextos donde la concha se usó como materia prima para la construcción de estructuras (Valdivieso, 2007; Camacho 2012: 77). En relación con lo anterior, podemos nombrar los casos de los montículos de Tomoka en Florida, E. U. (Piatek, 1994) o El Calón, Sinaloa (Grave, 2010, 2014, 2018).

Este tipo de contextos arqueológicos necesitan una metodología específica que nos permita obtener la mayor cantidad y calidad de datos que nos hablen de las comunidades que crearon estos contextos antrópicos. Para esto se necesita plantear una serie de preguntas y objetivos de investigación que van a delimitar nuestra investigación, así como las técnicas más coherentes para obtener las respuestas indicadas, en el caso de los concheros las preguntas más comunes son: ¿Cuánto(s) se va(n) a trabajar y por qué? ¿Qué tamaño de área excavar? ¿Cómo se va a rescatar el material? ¿Se va a recoger todo el material que salga en el sitio?, de no ser así, ¿cuánto es recomendable recoger? y, en el caso de una prospección, ¿qué área se va a analizar del

conchero? ¿Cómo describir y contabilizar montañas de concha? A este tipo de preguntas nos enfrentamos los investigadores que trabajamos los ambientes lacustres en donde se encuentran este tipo de contextos arqueológicos.

Del mismo modo, para superar la Arqueozoología tradicional que produce largas listas de taxones, pero pocos datos antropológicos, podemos hacer uso de otras metodologías; en este caso se hizo uso de los métodos de la Arqueología del Paisaje, los cuales, permitieron ver estos sitios dentro de un medio ambiente, en el cual vivieron y plasmaron su cultura en el paisaje los habitantes del pasado de esta región. En el Ceboruco, se recorrió buena parte del volcán, así como, el estuario de San Cristóbal y las playas circundantes, cuestión que permitió ver los diferentes ambientes aledaños a El Piñal (manglar, caños, mar Pacífico, las elevaciones circundantes). En cada una de las terrazas, se hizo una lectura del paisaje, lo que ayudó a interpretar cómo fue la transformación del ambiente a un paisaje antrópico.

Por otra parte, gracias a los trabajos agrícolas actuales, se pudo hacer la lectura de varios perfiles estratigráficos, siendo el más provechoso el realizado en la Terraza 3, dado que el propietario del lugar iba a realizar un pozo para sembrar un árbol, entonces se le solicitó que lo hiciera de 1mx1m y lo excavara a niveles arbitrarios de 5cm, esto permitió tener un control del material que aparecía, de esta manera, se pudo tamizar el material y por ende, también tener un control estratigráfico del pozo y la terraza. Este pozo fue un evento no planificado, inicialmente, la idea era sólo llevar a cabo una prospección superficial y lectura del paisaje, pero al tener la ocasión de conocer como estaban elaboradas las terrazas, se aprovechó la oportunidad. Fue así que el material que se encontró en ese pozo fue limpiado en campo, se le tomó fotografías, se volvió a enterrar cuando el propietario volvió a cerrar la excavación y el análisis de los artefactos y ecofactos se hizo en laboratorio a través de fotografías.

La malla utilizada para tamizar la tierra excavada fue de 2mm, siendo una excelente medida para recoger la mayor cantidad de ecofactos y tener una muestra confiable (Bejega *et al.*, 2008: 34); en cuanto a la recolección de los exoesqueletos de moluscos se aplicó la metodología

propuesta por Bejega (2008), es decir, se hizo un análisis y conteo total de las conchas de las unidades estratigráficas que poseían poco material y de la UE, que presentaba la mayor cantidad de conchas, se contabilizó y analizó el 30%, siendo esta una muestra representativa del total de su contexto.

El estudio de los exoesqueletos se llevó a cabo siguiendo una metodología de limpieza, identificación taxonómica, NR y NMI. Permitiendo así, un porcentaje total del material malacológico por unidad estratigráfica, tanto por número de restos, como por número mínimo de individuos. Para corroborar la veracidad de los datos, se comparó el pozo con los perfiles expuestos en las otras terrazas y se pudo comprobar que se repetía el mismo comportamiento. Al final se analizó en conjunto para poder entender cómo las poblaciones del pasado transformaron El Ceboruco, y a la vez, cómo fue su relación con el medio ambiente circundante y su aprovechamiento.

## **Las ocupaciones humanas en el Pacífico del Occidente Mesoamericano**

Mesoamérica posee sobre el Pacífico una amplia línea de costa que mide aproximadamente 3.232km, calculando los límites desde Sinaloa con Sonora hasta la península de Nicoya en Costa Rica. Esta región se caracteriza por tener una amplia cantidad de ambientes, desde llanuras inundables llenas de mangales en el norte, pasando por ambientes secos como en Oaxaca y El Salvador, hasta exuberantes selvas como en Nicoya, Costa Rica (Márquez-Prieto. 2020: 51). En este vasto territorio las comunidades aprovecharon e incentivaron los recursos logrando sobrevivir por más de cinco milenios (Voorhies *et al.*, 2002: 179). Entre los diferentes tipos de sitios arqueológicos de la costa se encuentran los llamados concheros, a los cuales los podemos definir como: contextos antrópicos en donde la concha de moluscos supera el 30% del material visible, sin embargo, estos poseen otros tipos de artefactos y ecofactos, como cerámica, lítica, textiles, tumbas, así como restos óseos de vertebrados, los cuales, pudieron cumplir diferentes funciones más allá de la de ser un simple depósito de basura (Bailey, 1983; Bailey y Parkington, 1988; Bowdler, 2006; Claassen, 1998; Figuti, 1993; Márquez-Prieto, 2020: 37 y Meighan, 1980: 427).



La Costa de Occidente no es ajena a este tipo de contextos antrópicos, encontrándolos en las costas de Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Michoacán, Colima y Guerrero (Márquez-Prieto, 2020: 51-58). En el límite norte de Mesoamérica, las poblaciones que ocuparon en lo que hoy en día se conoce como Marismas Nacionales, se construyeron pirámides de conchas de moluscos que superan en algunos casos los 20 metros de altura (Grave, 2010: 19), siendo éstas unas de las más tempranas modificaciones del paisaje en la región (Foster y Scott, 2017: 58). Pirámides como el Calón, cumplían funciones asociadas a rituales de fertilidad, posiblemente asociadas a los recursos lacustres que brindaba la región (Grave, 2010: 32-25; 2014: 230). En consecuencia, los constructores de este sitio aprovecharon la abundancia de moluscos y posiblemente de concheros naturales cercanos como materia prima para construir una estructura que funcionaba a la vez como un marcador paisajístico que imitaba la geomorfología circundante y la función de templo religioso (Grave, 2018: 88).

Otro ejemplo interesante, se encuentra más al sur en la costa de Michoacán: Novella, Martínez y Moguel (2002) identificaron varios sitios en los cuales la concha fue usada como material constructivo para rellenar terrazas (ibíd.: 229-230). Lastimosamente, los investigadores sólo nombran su existencia y de paso resaltan que la mayoría de sitios han sido saqueados o destruidos por diversas razones. Sin embargo, su ubicación espacial y los componentes que lograron registrar permite entender que los indígenas que vivieron en la costa Michoacán desde el Formativo Tardío hasta el Postclásico modificaron el paisaje a través de la construcción de terrazas y un uso intensivo de los recursos marinos y dulceacuícolas (ibíd.: 231).

Dichos investigadores explican el patrón de asentamiento en la costa michoacana y lo identifican como poblaciones que crearon espacios antrópicos para sembrar y habitar en zonas altas protegidas, cercanas al mar o al estero, y de esta manera modificaban las elevaciones a través de terrazas y rellenos compuestos de concha y cantos rodados, pues practicaban una economía mixta identificada en la aparición de restos de moluscos, peces, vertebrados terrestres y metates (ibíd.: 231).

Por consiguiente, en los sitios identificados por Novella y compañía, se puede decir que estamos ante una serie de grupos que no fueron pasivos ante el medio ambiente, por el contrario, conocían las características de las diferentes geoformas de la región, ocupando las áreas consideradas por ellos como las más provechosas, luego las modificaron para hacerlas aptas para la vivienda y la siembra de productos agrícolas.

## **El Complejo Matanchén-San Blas**

En la costa nayarita se conoce la existencia de dos complejos arqueológicos identificados por Joseph Mountjoy (1974: 106) como el *Complejo Matanchén* y el *Complejo San Blas*. Se desconoce si estos complejos pertenecían a una única cultura, lo que se sabe es que eran diversas comunidades que ocuparon un mismo espacio y lo explotaron intensivamente durante el arcaico y el formativo. Cabe señalar que *el Complejo Matanchén* hace referencia a los grupos que ocuparon la región entre el 3,500 a. C. y el 1,750 a. C; estas comunidades se caracterizaban por tener una economía basada en la explotación intensiva de los microambientes existentes en San Blas (Mountjoy *et al.*, 1972: 175 y Shenkel, 1971, 1974).

El sitio arquetipo para la definición de este complejo, es el conchero nombrado como SB-4 *Lower Ceboruco*, ubicado en las faldas de un pequeño volcán llamado El Ceboruco, el cual se encuentra entre el estero de San Cristóbal y la bahía de Matanchén. Este conchero era un gran montículo que tenía unas medidas entre los 90m de largo, 40m de ancho y 4m de altura; en él se encontraron dos ocupaciones: una temprana, la llamada Complejo Matanchén, y una tardía, asociada al Complejo los Cocos (Mountjoy *et al.*, 1972: 175).

Las poblaciones del complejo Matanchén eran posibles grupos de cazadores-pescadores-recolectores o grupos semisedentarios con una economía mixta que, a través de la intensiva explotación del manglar, el estuario y la costa, produjeron modificaciones al paisaje como lo es el mismo Conchero SB-4 (Ibíd.). Desafortunadamente, este sitio como la mayoría de sitios de la región, no han tenido análisis arqueobotánicos y sus estudios se han centrado en la identificación de taxones, dejando de lado la importante relación que debió existir entre estas comunidades con el paisaje terrestre y en especial el bosque y las especies que ahí se explotaban.

Posterior a esta ocupación, Mountjoy (1974, 2012) y Mountjoy y Claassen (2005) encuentran dos sitios en el Cerro de La Contaduría: El Conchal (SB-17) y La Capilla (SB-16), ambos con una temporalidad entre el año 1000 a. C. y el año 0. Por una parte, estos contextos son unidades habitacionales construidas sobre terrazas antrópicas hechas con piedras de origen volcánico. En estas terrazas se encontró cerámica que los relaciona con El Opeño y la cerámica Capacha, lo cual, según los autores, indica una colonización de esta zona por parte de poblaciones agrícolas provenientes de otras partes del Occidente de México –Michoacán y Colima–, asimismo, la presencia de figurillas huecas “casi idénticas” a las de El Opeño apoya esta hipótesis (Mountjoy, 2005: 47).

Otros objetos encontrados por Mountjoy son manos de moler, metates de cuatro soportes, pesas de diversos tamaños, piedras tipo cascanueces, lascas de obsidiana, punzones y agujas en hueso, quizás para elaborar utensilios de cestería, así como redes de pesca y objetos trabajados de concha como un fragmento de pulsera y raspadores (Mountjoy y Claassen, 2005: 269). El estudio arqueobotánico realizado en estos sitios arrojó el consumo de calabaza, lo que indica, efectivamente, la introducción en este periodo de labores agrícolas o hortícolas a esta región de Mesoamérica (Ibíd.: 281).

Por otra parte, el Cerro de la Contaduría es un pequeño volcán ubicado en medio del manglar, el estuario y el mar, siendo de las pocas zonas elevadas de la región. No obstante, es un “malpaís verde”, en donde el suelo lo componen sólo piedras volcánicas de tamaños variados y una capa orgánica no muy gruesa bastante pobre para la siembra. Por lo tanto, las comunidades agrícolas que llegaron a colonizar la región tuvieron que transformar el paisaje para poder reproducir su economía y cultura en esta zona del occidente; esto fue posible a través de la construcción de aterrazamientos en las zonas elevadas, en donde podían construir sus casas y antroposuelos para poder crear zonas de cultivos.

**El Piñal: un sitio del formativo tardío y clásico temprano en medio del manglar**

La Capilla y El Conchal, en El Ceboruco –volcán ubicado frente al Cerro de la Contaduría– fueron ocupados durante su último siglo por parte de una población asociada al Complejo cerámico Los Cocos que lo habitó hasta aproximadamente el siglo V d. C. (Figura 1). Este sitio posiblemente fue identificado por Mountjoy (1974) en los años setenta, nombrado como SB-18; el autor lo menciona como una serie de aterrazamientos, uno tras otro, en donde se encontraban fragmentos del complejo cerámico anteriormente nombrado, lastimosamente este sitio no fue trabajado por el autor y quedó en el olvido hasta que el autor del presente artículo lo “reencuentra” por medio de la ayuda de comentarios de habitantes de El Conchal (colonia ubicada a la entrada de San Blas).

El terreno donde se encuentra SB-18, es propiedad de un habitante de la comunidad de San Blas y se le conoce como El Piñal, toponimia que se decidió utilizar para nombrar el sitio arqueológico. En la actualidad, esta persona está realizando labores agrícolas en el lugar, sembrando plantas de plátano y otras frutas, esto ha llevado a que el suelo sea constantemente removido, permitiendo observar la presencia de materiales arqueológicos en las terrazas. Para poder acceder hoy en día al lugar sólo es posible por vía acuática, a través de los caños del estuario, pero seguramente en tiempos prehispánicos también se tendría acceso terrestre por la Bahía de Matanchén. El equipo de arqueólogos visitó el sitio durante varios días acompañando al propietario durante sus labores cotidianas, permitiendo así mapear las terrazas que no están cubiertas de selva, registrando el material que aparecía en los pozos agrícolas y observando la estratigrafía de las terrazas para poder saber cómo fueron construidas.

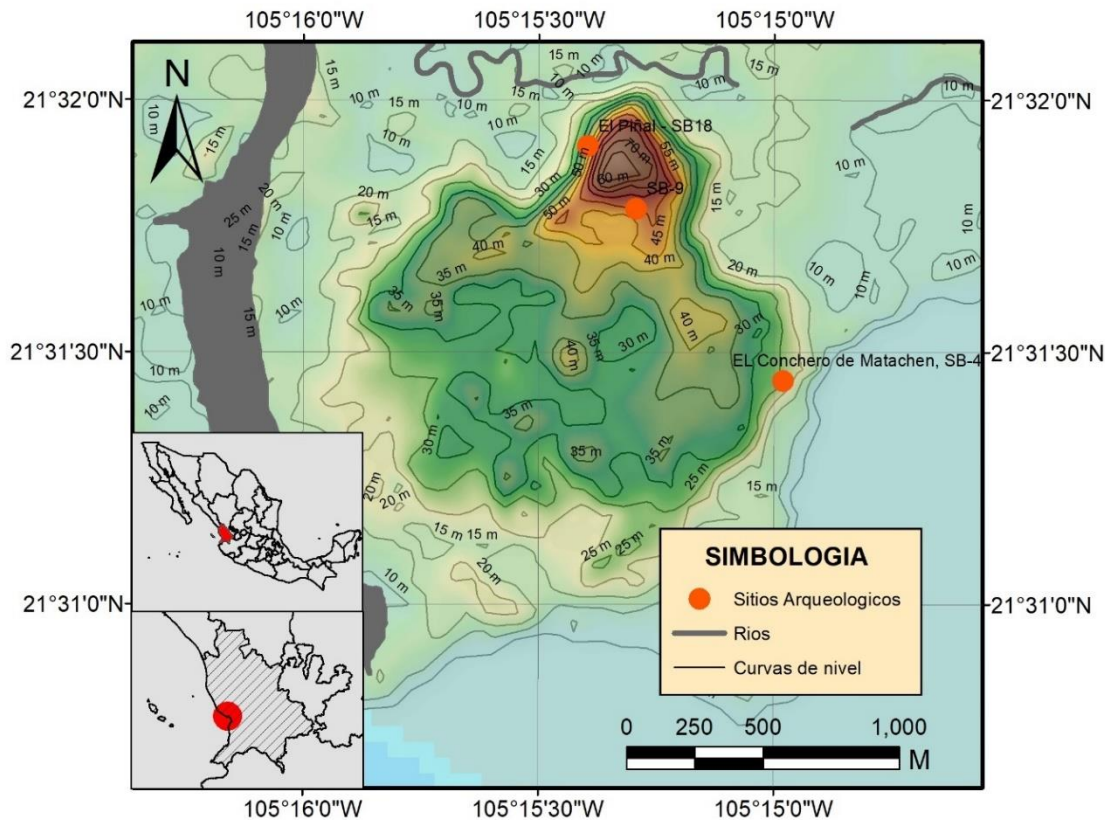


Figura 1. Mapa de El Ceboruco y de la ubicación de El Piñal y otros sitios arqueológicos cercanos. Mapa elaborado por Misael Sánchez

El recorrido del costado noroccidental del Ceboruco permitió conocer la existencia de terrazas ubicadas desde la cima del volcán hasta las faldas de éste en la orilla con el caño (figura 2). No obstante, la densa selva sólo permitió mapear cinco terrazas, las cuales variaban su tamaño; la terraza más pequeña –terrazza 2– tiene un tamaño de 10m de ancho por 35 m de largo y la más grande –terrazza 3– tiene un tamaño que varía entre los 28m de ancho en su parte más angosta y 35 en la más ancha, por 75 m de largo (Márquez-Prieto, 2020: 97-102). Estas modificaciones del paisaje se caracterizan por tener como principal material de cimentación la roca volcánica, materia prima que se encuentra en El Ceboruco, sin embargo, se componen de otros materiales especiales que le dan una mayor importancia al tema de estudio.



Figura 2. Se puede observar aún hoy en día la acumulación de rocas que forman las terrazas de El Piñal

En las terrazas de El Piñal aparece cerámica, lítica, restos óseos de fauna y conchas de moluscos. El análisis en campo<sup>3</sup> de la cerámica se hizo a partir de la clasificación de Mountjoy (2000), la cual permitió asociar la ocupación con la cerámica Fase Los Cocos, ubicada temporalmente entre el 100 a. C. y el 500/550 d. C. (Figuras 3 y 4). En cuanto a la lítica asociada se identificó obsidiana verde y gris con vetas; se encontraron percutores, manos de moler, manos para facturar conchas, pesas de red en arenisca y riolita/andesita (Márquez-Prieto, 2020: 190-192). En cuanto la fauna vertebrada se registró: ardilla de tierra de anillo de cola (*Notocitellus c. f. annulatus*, Audubon y Bachman, 1842), tortuga marina (posible *Caretta caretta*), garza blanca (*Ardea alba*, Linnaeus, 1758), vertebras de un orden de tiburones de aguas tropicales (Carcharhiforme) y varios restos óseos de peces que no se pudieron identificar, también se encontraron espinas de erizo de mar (*Echinometra vanbrunti*, A. Agassiz, 1863).

Gracias a los pozos agrícolas realizados por el propietario del terreno en la trinchera 3 (Figuras 5 y 6), pudimos observar, así como analizar la composición y construcción de estas

---

<sup>3</sup> Debido a que nuestra idea no era excavar, jamás se planificó este proceso, pero las circunstancias en campo y la apertura del pozo por parte del propietario del terreno nos permitió limpiar el material en campo, fotografiarlo y analizarlo a través de las fotos en el laboratorio. El material se volvió a depositar en el pozo luego de que el propietario hubiera realizado las labores agrícolas.



terrazas, para saber cómo era la ingeniería detrás de la construcción de estas estructuras. Las terrazas de El Piñal (Figura 6) se componen en su unidad estratigráfica más profunda de grandes rocas volcánicas (UE5), encima de ésta hay una capa de piedras volcánicas de menor nivel mezclada con tierra oscura (UE 4), luego una UE compuesta únicamente de conchas de bivalvos, en especial de *Crassostrea corteziensis* (Hertlein, 1951) y *Larkinia grandis* (Broderip & G. B. Sowerby I, 1829), con un grosor que varía entre los 15 y 20cm (UE 3), a continuación un suelo de ocupación aproximadamente de 8 a 12cm de grosor (UE 6) y por último el suelo actual (UE 1).

La dispersión de artefactos arqueológicos como cerámica y lítica se centra principalmente en la UE 6 y en menor medida en las UE inferiores, mientras que, el material malacológico aparece en su gran mayoría en la UE 3 y disminuye de manera radical en las UE superiores. Esto nos lleva a deducir que el proceso de construcción de las terrazas fue planificado, en donde primero se depositó grandes rocas volcánicas, luego unas de menor tamaño, posterior se colocó una gran cama de conchas, para finalmente ocupar la terraza y vivir en ella.



Figura 3. Cerámica Chinesca (100 a. C. – 250 d. C.)



Figura 4. Brazos de figurinas típicas de la tradición tumbas de tiro, el brazo de la izquierda pertenece a una figura sólida, el de la izquierda a una hueca



Figura 5. En el perfil norte del pozo agrícola se puede observar el proceso de construcción de la terraza 3. Podemos ver cómo las conchas de la UE 3 resaltan en el perfil



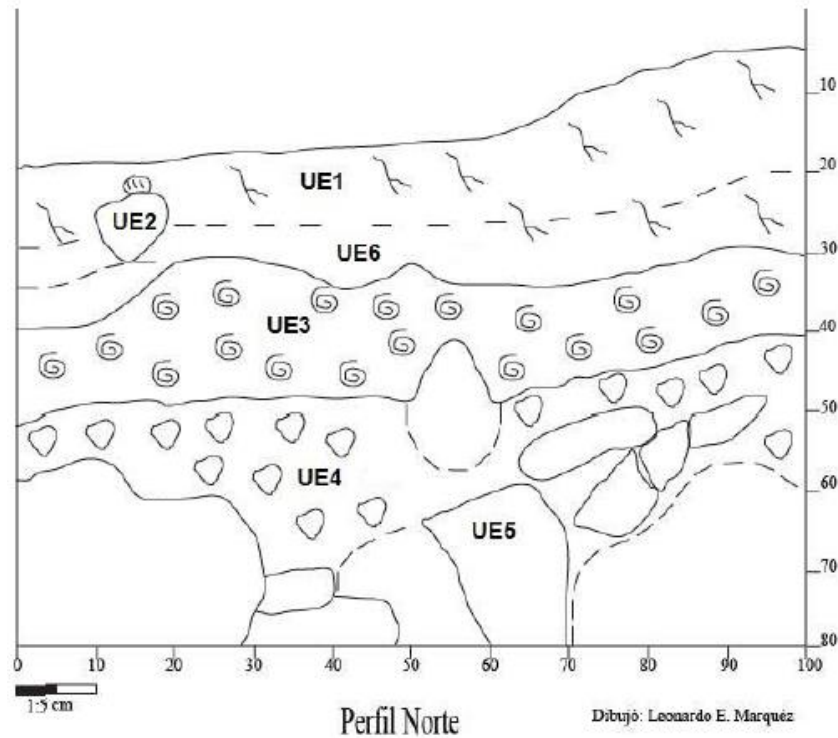


Figura 6. Dibujo perfil Norte

Un análisis interesante fue el conteo del 30% de la concha de la UE 3, con el fin de tener un aproximado de la monumentalidad de concha que se tuvo que utilizar para la elaboración de una terraza (Figura 7). Se contabilizó 1253 NR únicamente en esta UE, es decir que 1m<sup>2</sup> mínimo tuvo que depositarse 4176 valvas de moluscos, o sea, alrededor de 2000-2100 moluscos bivalvos. Si llevamos este número a una terraza como la número cinco que tiene una medida de 800 m<sup>2</sup>, podríamos pensar en una deposición aproximada de 1'670.400 moluscos, sólo en esta terraza. Obvio, esto es únicamente un juego de números teniendo como ejemplo un pozo controlado, no sabemos hasta el momento si el 100% de las terrazas fueron rellenas con la misma densidad de moluscos, no obstante, el trabajo agrícola actual sobre toda la superficie de estas terrazas nos permite saber que en todo lugar en donde abren un pozo aparece este estrato de conchas con similares características.

### N.R. POR UNIDAD ESTRATIGRAFICA

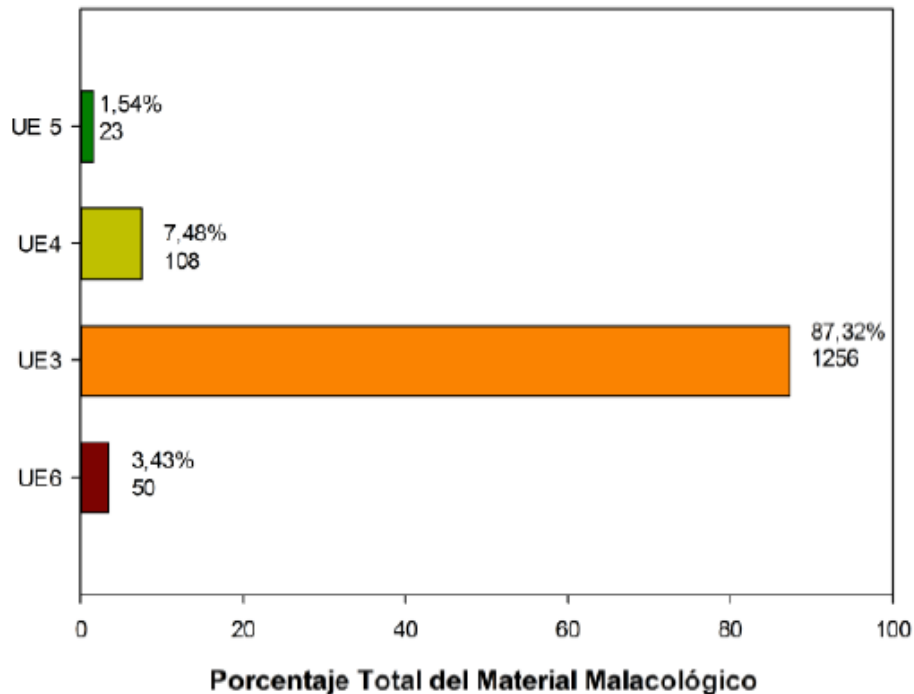


Figura 7. Porcentaje del total de moluscos por UE. Se puede observar como la UE3, representa la mayoría de los NR contabilizados

Las dos especies de moluscos nombrados anteriormente representan la gran mayoría de las especies identificadas: la *Crassostrea corteziensis* es el 89.7% y la *Larkinia grandis* el 6.12%, lo que indica una predilección de los habitantes de El Piñal en la explotación de estas especies, en especial de la primera, asimismo, podemos observar la abundante oferta de estas especies en el medio ambiente de la región (Márquez-Prieto, 2020: 135-138). El uso dado a estas dos especies, luego del consumo alimenticio, es el uso de su concha como material constructivo. Este tipo de terrazas podrían considerarse compuestas por un *conchero-cimiento* (Márquez-Prieto, 2020: 128), el cual es un gran depósito planificado de concha resultado de actividades cotidianas, que sirvió para construir un espacio habitable, en otras palabras, crearon un paisaje antrópico.



Taxón	Unidad estratigráfica									
	UE6		UE3		UE4		UE5		Total	
	NR	%NR	NR	%NR	NR	%NR	NR	%NR	NR	%NR
<i>Agaronia testacea</i> (Lamarck, 1811)	2	4%	1	0.07%					3	0,2%
<i>Chione californiensis</i> (Broderip, 1835)	11	22%	28	2.22%	3	2.77%			42	2,92%
<i>Larkinia grandis</i> (Broderip & G.B Sowerby I, 1829)	7	14%	64	5.09%	14	12.96%	3	13.04%	88	6.12%
<i>Argopecten circularis</i> (Say, 1822)	1	2%							1	0,06%
<i>Crassostrea corteziensis</i> (Hertlein, 1951)	25	50%	1154	91.87%	90	83.33%	20	86.95%	1289	89,7%
<i>Thaisella kiosquiformis</i> (Duclos, 1832)	4	8%	9	0.71%	1	0.92%			14	0,9%
<b>Total</b>	<b>50</b>	<b>100%</b>	<b>1256</b>	<b>100%</b>	<b>108</b>	<b>100%</b>	<b>23</b>	<b>100%</b>	<b>1437</b>	<b>100%</b>

Figura 8. Porcentajes de los taxones de moluscos a partir de cada UE

## Discusión

Entre los siglos I a. C. y VI d. C., en un ambiente que consideraríamos hoy en día bastante difícil o “inhabitable”, vivió una comunidad que domesticó el paisaje existente convirtiéndolo en un espacio humanizado. Estas comunidades remanentes de las poblaciones de la tradición tumbas de tiro que migraron a la región, desarrollaron una ingeniería que transformó un pequeño volcán en un poblado compuesto por viviendas y terrazas de agricultura. Sin embargo, ¿cómo pudieron hacerlo?, el paisaje como se dijo al inicio de este artículo es un actor fundamental en el proceso de ocupación de cualquier espacio, mas éste no es una camisa de fuerza y todas las sociedades desde las más simples hasta las más complejas tienen la capacidad de transformarlo. En el caso de El Piñal –o los sitios del Cerro de la Contaduría– la materia prima existente son las rocas volcánicas que sirvieron como primer cimiento de las terrazas, pero la acumulación de millones

de exoesqueletos de bivalvos fue una respuesta netamente cultural. Por lo que se afirma que el uso de residuos de comida que hoy en día identificaríamos únicamente como basura, estas poblaciones lo convirtieron en un material constructivo.

Nos queda la duda de cómo fue el proceso de deposición de estas conchas, si este fue un proceso gradual a lo largo de toda la terraza o si se realizó en una sola labor, pero para que esta segunda opción sea viable sólo puede suceder por medio de la existencia de concheros temporales (Márquez-Prieto, 2020: 128). En los cuales los grupos poco a poco van acumulando desechos de su comida hasta formar un montículo que tenía la función de ser un depósito de materia prima, donde, cuando necesitaban, tomaban de ahí el material para la construcción de las terrazas. Cabe señalar que, por la falta de estudios, la dificultad del ambiente y la destrucción de los sitios arqueológicos, no se ha podido detectar este tipo de concheros en la zona.

En relación a lo anterior, la magnitud en la cantidad de moluscos es muestra de un uso intensivo y posiblemente extensivo del manglar. El conocimiento de donde se encontraban las colonias de moluscos y su uso reiterado por mucho tiempo permitió acumular las cantidades de moluscos nombradas en este artículo. Sin embargo, consideramos que este tipo de fauna no era la base de la alimentación de estas poblaciones, seguramente lo fue el recurso íctico, pero para poder asegurarlo es necesaria otra investigación que permita comparar los aportes cárnicos entre los moluscos y peces de El Piñal.

## **Conclusiones**

Las comunidades prehispánicas del Pacífico mesoamericano, en nuestro caso del Occidente en especial del estado de Nayarit, fueron poblaciones que desde que colonizaron la región la transformaron en espacios culturales, la existencia de pirámides tan antiguas como El Calón, son el mejor ejemplo de esta capacidad de transformación del medio aún por parte de poblaciones consideradas “simples” como los grupos pescadores-cazadores-recolectores.



Figura 9 La existencia de las terrazas permite que aún hoy en día, entre 2000 y 1500 años después de su construcción, se pueda seguir sembrando en este difícil ambiente

Siglos después, tras el arribo de poblaciones agrícolas procedentes de otras partes del Occidente de México, la domesticación del paisaje fue más clara y abarcó muchos más aspectos de la vida cotidiana, como lo son los espacios de vivienda y de siembra. Los sitios del formativo encontrados en el Cerro de La Contaduría muestran personas que no se acomodaron “como pudieron” al paisaje, sino que, lo transformaron en un espacio que reproducía las lógicas culturales que traían de tierra adentro, y que eran necesarias para el sostenimiento de su economía agrícola, economía que mezclaron con el aprovechamiento de los ricos recursos del manglar de San Blas y el mar.

Posterior a los grupos de La Contaduría y posiblemente asociados a éstos por algún periodo de tiempo, en El Piñal una comunidad convirtió el volcán y la selva del manglar en un

paisaje completamente aterrizado. En donde, la gente aprovechó ese paisaje domesticado para la siembra y la construcción de sus viviendas, es importante señalar que la comunidad de El Piñal explotó exhaustivamente los moluscos que ofrecía el manglar, el estuario y el mar para su alimentación, para intercambio y principalmente sus desechos para el proceso de transformación del paisaje. Las conchas de los moluscos también sirvieron como cimientó del suelo de ocupación, pero posiblemente tuvieron una tercera función: la de abono, ser material que aporta componentes orgánicos para enriquecer el suelo y producir una mejor siembra en un espacio que naturalmente es bastante pobre como lo es un malpaís.

Como comentario final, la arqueología del Pacífico mexicano es bastante limitada, el número de investigaciones es reducido y se limita a ciertos investigadores, que han sido quienes han arrojado los datos conocidos hasta el momento en esta región. Sitios como El Piñal demuestran la riqueza arqueológica y humana de las poblaciones que han habitado estos ambientes tradicionalmente considerados como renegados y de poco interés para las arqueologías que se centran en la monumentalidad. Estos sitios del arcaico, formativo y clásico, muestran otra forma en que se habitó también Mesoamérica, en donde las formaciones sociopolíticas que se encuentran en los valles tierra adentro, no son las únicas formas que existieron de relacionarse con el paisaje en este sistema mundo mesoamericano, sino que, existen multiplicidades de comunidades humanas que dieron un sinfín de respuestas antrópicas a los diversos ambientes que componen esta amplia región.



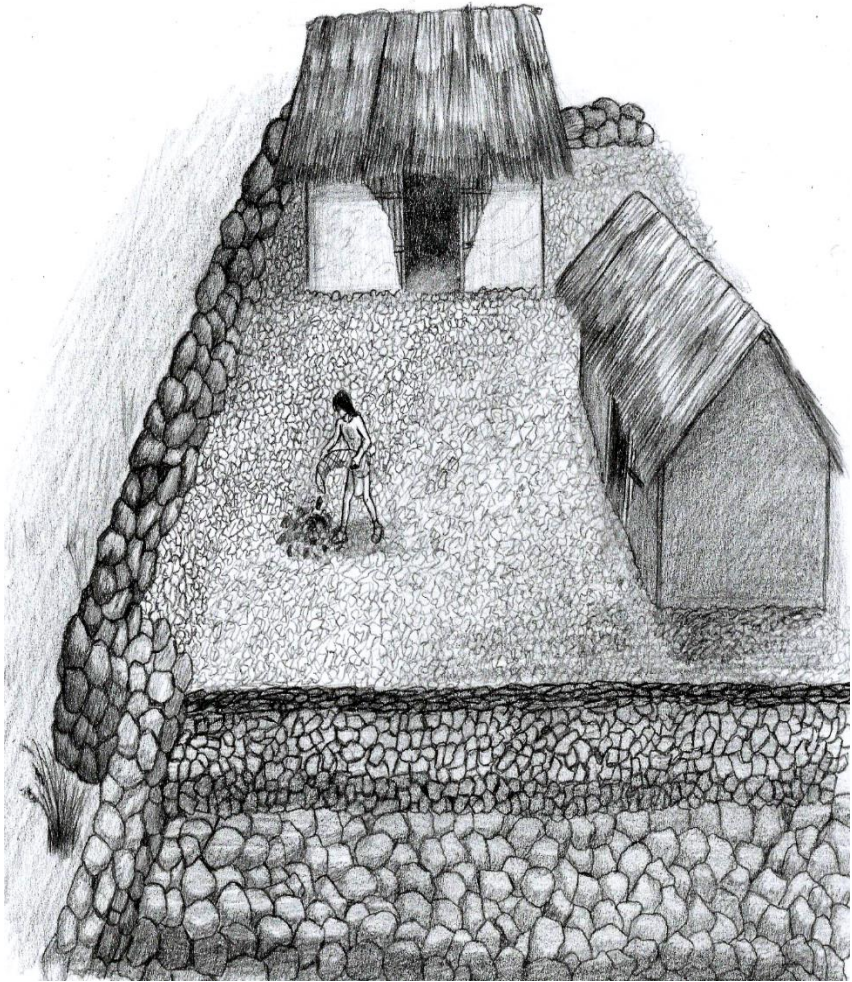


Figura 10. Ejemplo de la composición de una terraza de El Piñal. Dibujado por Jorge Luis Rosas Rivera

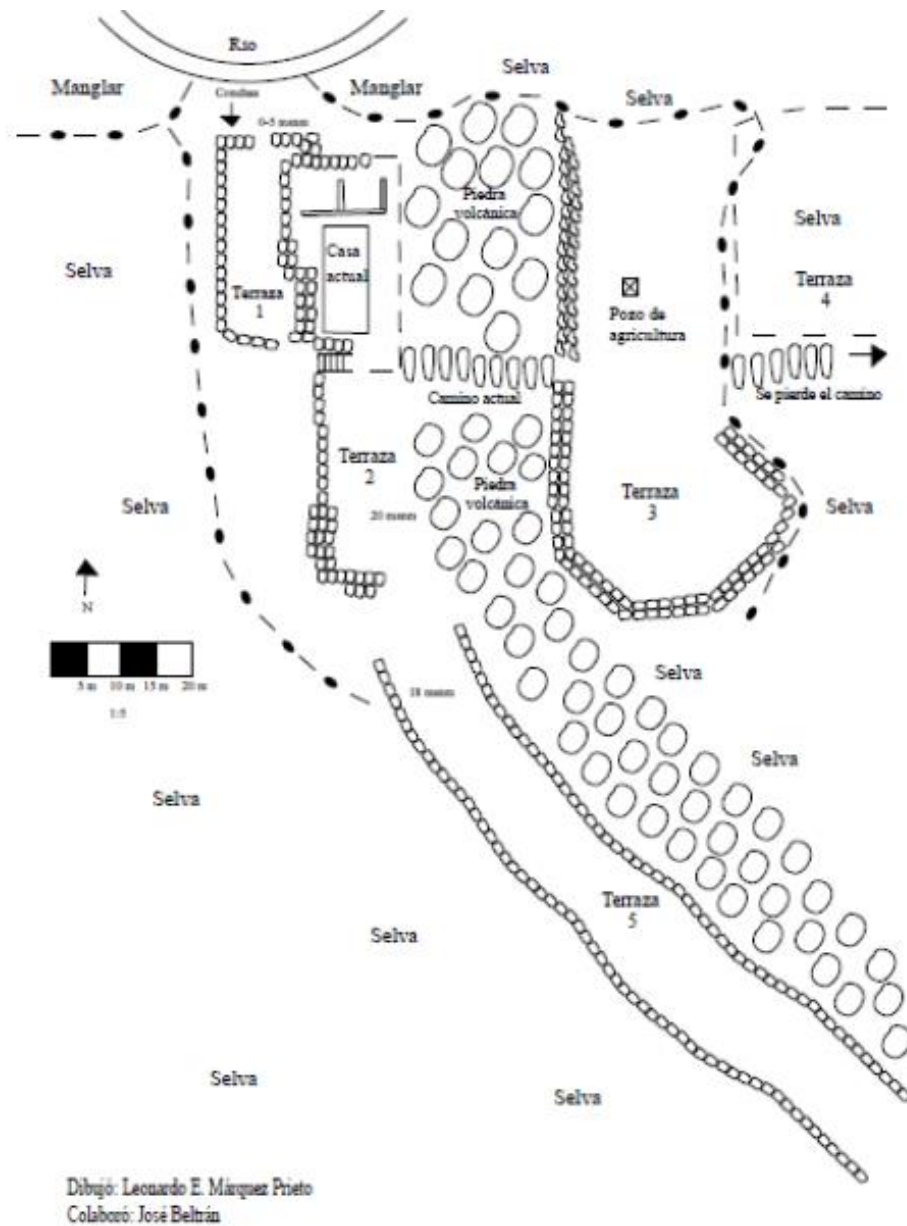


Figura 11. Croquis del costado nor-occidental del sitio El Piñal

## Referencia bibliográfica

Bailey, Geoff

(1983). Problems of Site Formation and the Interpretation of Spatial and Temporal Discontinuities in the Distribution of Coastal Middens. En Masters, P. M. y N. C. Flemming (eds). *Quaternary Coastlines*. New York, pp. 559-582.



Bailey, Geoff y J. Parkington

(1988). *The Archaeology of Prehistoric Coastlines*. Cambridge.

Bejega, Víctor

(2008). Composición y metodología de análisis de concheros aplicada a los castros litorales gallegos. *I Jornadas de jóvenes en investigación arqueológica: dialogando con la cultura material*, pp. 247-254.

Boserup, Ester

(1965). *The Conditions of Agricultural Growth: The Economics of Agrarian Change under Population Pressure*. Allen & Unwin, London.

Bowdler, Sandra

(2006). Mollusks and Other Shells. *Archaeology in Practice: A Student Guide to Archaeological analyses*, pp. 316-334.

Camacho, Oscar

(2012). *Estudio de concheros en el Golfo de Fonseca, por medio del análisis de los restos de moluscos en el sitio arqueológico de El Chiquirín, La Unión, El Salvador*. Tesis de Licenciatura en Arqueología. Universidad Tecnológica de El Salvador, San Salvador.

Claassen, Cheryl

(1998). *Shells. Cambridge Manuals in Archaeology*. Cambridge University, New York.

Criado, Felipe

(1999). Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje. *Serie CAPA 6*. Universidad de Santiago de Compostela.

Earle, Timothy

(1997). *How chiefs come to power: the political economy of prehistory*. Stanford University, Palo Alto, California.

Erickson, Clark

(2003). Agricultural Landscapes in World Heritage: Raised Field Agriculture in Bolivia and Peru. Matero, J. M. y F. (ed.) *Teutonico*. Getty Conservation Institute, Los Angeles, pp. 181-204.

- (2003b). Historical Ecology and Future Explorations. En Balée, W. y C. L. Erickson (eds.). *Amazonian Dark Earths: Origin, Properties, Management*. Columbia University, New York, pp. 253-278.
- (2006). Intensification, Political Economy and the Farming Community: in Defense of a Bottom-up Perspective of the Past. In Marcus, Joyce y Charles Stanish. *Agricultural strategies*. Cotsen Institute, Los Angeles, pp. 233-265.
- (2006b). El valor actual de los camellones de cultivo precolombinos: Experiencias del Perú y Bolivia. *Agricultura ancestral, Camellones y albarradas: Contexto social, usos y retos del pasado y del presente*. Abya-Yala. Quito.
- (2006c) The Domesticated Landscapes of the Bolivian Amazon. In Balée, William y Clark Erickson (eds.). *Time and Complexity in Historical Ecology: Studies in the Neotropical Lowlands*. Columbia University, New York, pp. 235-278.
- (2008). Amazonia: The Historical Ecology of a Domesticated Landscape. In Silverman, Helaine (ed.). *Handbook of South American Archaeology*. University of Illinois at Urbana-Champaign, Urbana, USA, pp. 157-183.

Farrington, Ian

- (1985). *Prehistoric Intensive Agricultura in the Tropics*. B.A.R., Oxford, United Kingdom.

Figuti, Levy

- (1993). O Homem pré-histórico, O Moluesco e O Sambaqui: Considerações sobre a subsistência dos povos sambaquieiros. *Revista do Museo de Arqueologia e Etnologia* 3. São Paulo, pp 67-80.

Foster, Michael y Stuart Scott

- (2017). *Archaeological Background. The Archaeological, Ethnohistory, and Environment of the Marismas Nacionales: The Prehistoric Pacific Litoral of Sinaloa and Nayarit, Mexico*. The University of Utah, Salt Lake City.

Grave, Luis

- (2010). El Calón, un espacio sagrado en las marismas del sur de Sinaloa. *Estudios Mesoamericanos* 1 (8), pp. 19-39.

(2014). La pesca y las salinas en las marismas del sur de Sinaloa. Arqueología y etnohistoria. *De Las Labradas a Mazatlán: Historia y Arqueología*. Instituto Nacional de Antropología e Historia-Sinaloa, Culiacán.

(2018). Intensificación productiva e ideología en las marismas de Escuinapa, Sinaloa. Patrón de asentamiento prehispánico y fuentes etnohistóricas. *Americae* 3, pp. 79-98.

Ingold, Tim

(1993). The Temporality of the Landscape. *World Archaeology*, 25 (2), pp. 152-174.

Johnson, A. y Timothy Earle

(1987). *The Evolution of Human Societies*. Stanford University, Palo Alto, California.

Kuznar, L. A.

(2001). *Ethnoarchaeology of Andean South America*. International Monographs in Prehistory, Michigan.

Márquez-Prieto, Leonardo

(2020). *El Paisaje domesticado en San Blas, Nayarit: un estudio arqueozoológico del uso de la concha en El Piñal (Tradición Tumbas de Tiro, 100 a.C. – 500 d. C.)*. Tesis de Maestría en Arqueología. El Colegio de Michoacán, La Piedad.

Meggers, Betty

(1976). *Amazonia. Hombre y cultura en un paraíso ilusorio*. Siglo XXI Editores, Ciudad de México.

Meighan, Clement

(1980). Los moluscos como restos de alimentos en los sitios arqueológicos. *Ciencia en Arqueología*, pp. 427-434.

Mountjoy, Joseph

(1970). La sucesión cultural en San Blas. *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia* 39, pp. 41-48.

- (1974). San Blas Complex Ecology. *The Archaeology of West Mexico*. Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, México, pp. 106-119.
- (2000). Prehispanic Cultural Development Along the Southern Coast of West Mexico. In Foster, Michael S. y Shirley Gorenstein (eds.). *Greater Mesoamerica: The Archaeology of West and Northwest Mexico*. University of Utah, Salt Lake City, pp. 81-106.
- (2005). Caracterización de la cerámica del Formativo medio y tardío encontrada en la costa de Jalisco y Nayarit y el altiplano adyacente. *El Sistema Fluvial Lerma-Santiago durante el Formativo y el clásico temprano: precisiones cronológicas y dinámicas culturales*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D. F., pp. 43-56.
- (2008). Arqueología de la zona costera de Jalisco y del municipio de Villa Purificación. En Regalado Pinedo, Aristarco y Juan Sánchez Vázquez (coords.). *Miscelánea Histórica de Villa Purificación: Testimonios del 475 Aniversario de su Fundación*. pp. 21-39.
- (2015). La colonización del lejano Occidente de México por agricultores sedentarios durante el Formativo medio, 1200 a 400 a. C. *Revista Occidente*, junio 2015. Museo Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México, pp. 1-15.

Mountjoy, Joseph & Cheryl P. Claassen

- (2005). Middle Formative Diet and Seasonality on the Central Coast of Nayarit, Mexico. In Dillon, B. P. y M. A. Bost (eds.). *Archaeology Without Limits*. Labyrinthos, Lancaster, pp. 267-282.

Mountjoy, Joseph, R. E Taylor y Lawrence Feldman

- (1972). Matanchén Complex: New Radiocarbon Dates on Early Coastal Adaptation in West Mexico. *Science*, 175, pp. 1242-1243.

Novella, R., J. Martínez González y M. A. Moguel Cos

- (2002). *La Costa norte de Michoacán en la época prehispánica*. British International Series, United Kingdom.

Piatek, Bruce

- (1994) The Tomoka Mound Complex in Northeast Florida. *Southeastern Archaeology*, 13, pp. 109-118.

Piperno, Dolores y Deborah Pearsall

(1998). *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics*. Academic Press, San Diego.

Salas Medellín, Rocío

(2017). *Arqueología del Paisaje: colores en el Valle de el Dorado, Valle del Cauca – Colombia (100-1550 d. C.)*. Editorial Universidad del Valle. Cali.

Sanders, William, Jeffrey Parsons y Robert Santley

(1979). *The Basin of Mexico: The Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*. Academic Press, New York.

Shenkel, J. R.

(1971). *Cultural Adaptation to the Mollusk a Methodological Survey of Shellmound Archaeology and a Consideration of the Shellmounds of the Marismas Nacionales, West Mexico*. Tesis. State University of New York at Buffalo, New York.

(1974). Quantitative Analysis and Population Estimates of the Shell Mounds of the Marismas Nacionales, West Mexico. In Bell, Betty (ed.). *The Archaeology of West Mexico*. West Mexican Society for Advanced Study, Ajijic, Jalisco, pp. 57-67.

Stahl, Peter

(2014). Perspectival Ontology and Animal Non-Domestication in the Amazon Basin. En Rostarin, Stéphen (ed.). *Antes de Orellana. Actas del 3er Encuentro Internacional de Arqueología Amazónica*. Instituto Francés de Estudios Andinos, Quito, pp. 221-231.

Staller, John

(2006). La domesticación de paisajes: ¿cuáles son los componentes primarios del Formativo? *Estudios Atacameños, Arqueología y Antropología Surandinas*, 32, pp. 43-57.

Stanish, Charles

(2003). *Ancient Titicaca: The Evolution of Complex Society in Southern Peru and Northern Bolivia*. University of California, Berkeley.

(2004). The Evolution of chiefdoms: An economic anthropological model. En G. Feinman y L. Nicholas (eds.). *Archaeological Perspectives on Political Economies*. University of Utah, Salt Lake City, pp. 7-24.

Sutton, Mark y E. N. Anderson

(2004). *Introduction to Cultural Ecology*. Rowman Altamira, Oxford.

Tilley, Christopher

(1994). *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths, and Monuments*. Berg Publishers.

Valdivieso, Fabricio

(2007). Asanyamba: un importante sitio en la costa del Golfo. *El Salvador Investiga*, 3, pp. 37-52.

Voorhies, Barbara, Douglas Kennett, John Jones y Thomas Wake

(2002). A Middle Archaic Archaeological Site on the West Coast of Mexico. *Latin American Antiquity*, 13 (2), pp. 179-200.